Globethics Repository



Nicaragua [Nicaragua]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Ortega Hegg, Manuel
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-11 08:39:10
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219466

Nueva Sociedad Nro. 147 Enero - Febrero 1997, pp. 6-11

Nicaragua. ¿Un nuevo bipartidismo?

Manuel Ortega Hegg

Manuel Ortega Hegg: Sociólogo, director del Centro de Análisis Sociocultural (CASC) de la Universidad Centroamericana (UCA), Managua.

Palabras clave: bipartidismo, FSLN, Alianza Liberal, Nicaragua.

Aunque las elecciones de octubre de 1996 en Nicaragua carecieron del carácter plebiscitario sobre la continuidad del régimen revolucionario sandinista que tuvieron las de 1990, evidencian una extraordinaria polarización política, lo que constituye en lo inmediato un importante reto a las posibilidades futuras para la gobernabilidad democrática del país.

El proceso electoral

El proceso electoral que culminó con las votaciones de octubre de 1996 fue un proceso técnica y administrativamente complejo –incluyó seis elecciones simultáneas, combinadas con un proceso de cedulación que no logró completarse– que puso a prueba la reforma política de 1995 y 1996, con la revisión de la ley electoral. El electorado nicaragüense votó en seis papeletas distintas por un presidente y un vice; 20 diputados nacionales; 70 diputados departamentales[1]; 20 diputados al Parlamento Centroamericano; 145 alcaldes y vices; y 145 consejos municipales con un total de 790 miembros.

Previo a las elecciones, en 1995 se realizó la reforma constitucional, uno de cuyos objetivos fue buscar un mejor balance entre los diferentes poderes del Estado, frente al tradicional presidencialismo del país. A partir de esta reforma, la Asamblea Nacional salió fortalecida con una serie de facultades, como la atribución exclusiva de aprobar impuestos y el presupuesto anual de Estado, sancionar convenios, acuerdos y préstamos internacionales, efectuar nombramientos claves en diversos poderes del Estado y en las instancias de control estatal, entre otras. De ahí que, en lo que a los partidos políticos se refiere, gran parte de la gobernabilidad depende de los consensos y negociaciones que se alcancen en este poder del Estado.

No obstante, esta reforma política conllevó cambios en la Ley Electoral (1996), uno de los cuales al menos probó ser negativo en las recientes elecciones. La

[1] Finalmente la Asamblea Nacional electa el 20 de octubre de 1996 quedó constituida por 93 diputados. A los 90 diputados electos como tales se suman los candidatos a presidente y vice que habiendo perdido obtuvieran un número de votos igual o superior al promedio de los cocientes regionales electorales, lo que en el caso de las últimas elecciones ocurrió en tres

reforma establece que el nombramiento de los integrantes de los consejos electorales y de las juntas receptoras de votos los efectuaría el Consejo Supremo Electoral (CSE) o el Consejo Electoral respectivo, a partir de listas enviadas por los partidos. Tales nombramientos eran antes de resorte exclusivo del CSE. Esta disposición atentó contra el profesionalismo y la línea de mando del Consejo Supremo Electoral. En gran parte a ello obedece el que los funcionarios de los organismos electorales intermedios y de base fueran objeto de suspicacias y desconfianzas en estas elecciones, por parte de los mismos partidos políticos; pero, además, que efectivamente una parte de ellos incurrieran en irregularidades y anomalías que, aunque según opinión generalizada no invalidaron las elecciones, sí empañaron la justa electoral. Ello se agudizó con otros vacíos que se hicieron evidentes en la ley a partir del proceso electoral, y que deberán tomarse en cuenta para su próxima reforma.

Las elecciones de 1996

El primer resultado evidente es que parece consolidarse un nuevo tipo de bipartidismo en el país. En efecto, los datos finales hablan de una votación que en el caso de la elección presidencial se extremó al 51% de los votos para la Alianza Liberal, una alianza de derecha antisandinista, que llevaba como candidato al ex-alcalde de Managua, Arnoldo Alemán, y el 38% al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), que llevaba como candidato al ex-presidente Daniel Ortega. Ello significa que sólo estas dos fuerzas acapararon el 89% de los votos.

El bipartidismo caudillista ha sido tradicional en Nicaragua. Desde las luchas de independencia hasta el presente las lealtades políticas se han agrupado entre «timbucos» y «calandracas», legitimistas y democráticos, liberales y conservadores, y desde la década de los 80, con la revolución del 19 de julio de 1979, fundamentalmente entre sandinistas y antisandinistas. Esta última polarización fue evidente en las elecciones de 1984 y especialmente en las de 1990.

Todos los intentos por romper las hegemonías bipartidistas en el país han fracasado hasta el presente. Ni el Partido Liberal Independiente en 1948 ni el Partido Social Cristiano en los 60, constituidos con la finalidad de establecer alternativas distintas a las llamadas «paralelas históricas» de liberales y conservadores, lograron desarrollarse lo suficientemente como para poner en cuestionamiento la hegemonía tradicional.

A partir de 1979, las fuerzas bipartidistas de liberales y conservadores terminaron uniéndose frente al FSLN y la revolución, constituyendo una nueva polarización. Desde entonces, pero particularmente a partir de la derrota electoral del FSLN en 1990, se desarrollaron una serie de nuevas opciones partidarias, que pretendían posicionarse en el centro político, frente a esa realidad polarizada. Así, en las recientes elecciones disputaron 23 partidos o alianzas de partidos, y más de 30 asociaciones de suscripción popular.

El resultado en la primera vuelta[2] fue ciertamente sorpresivo. Hasta poco antes de las votaciones las encuestas señalaban una intención de voto prácticamente empatada entre la Alianza Liberal y el FSLN y, aunque el candidato de la primera aparecía con ligera ventaja –que en la mayoría de los casos no sobrepasaba los márgenes de error de las encuestas–, ella no era suficiente como para ganar en primera vuelta. Pero fue también sorpresivo porque se esperaba que la polarización extrema se produjera en una segunda votación y fundamentalmente en la elección presidencial, produciéndose un «voto cruzado» en el resto de las elecciones en la primera vuelta; ello suponía que se ampliaba el espectro político a otras fuerzas que ocuparían espacios en la Asamblea Nacional, el Parlamento Centroamericano, pero sobre todo en los gobiernos locales. La realidad se comportó de otra manera. La población votó «en cascada» en la elección presidencial, pero también en las demás elecciones.

Así, en la de diputados, el resultado arroja un total de 42 diputados para la Alianza Liberal (46%) y 36 para el FSLN (37%). No obstante, en este caso un total de 9 partidos obtuvieron 15 diputados, lo que los convierte en decisorios dentro la Asamblea Nacional, pues el nuevo quórum para sesionar y aprobar leyes ordinarias es de 48 diputados. En este caso, la votación para la Alianza Liberal fue ligeramente menor que en la elección presidencial, pero siempre dentro de la misma tendencia de polo mayoritario. En diputados para el Parlamento Centroamericano, la Alianza Liberal obtuvo 9 escaños, el FSLN 8 y tres partidos obtuvieron uno cada uno.

En el caso de las alcaldías la polarización fue aún más extrema: la Alianza Liberal obtuvo 91 alcaldes (63% de los cargos en disputa), incluyendo la alcaldía de la capital, Managua; el FSLN obtuvo 52 alcaldes (36%); el Movimiento de Renovación Sandinista (MRS) un alcalde, y una asociación de suscripción popular obtuvo otro cargo edilicio. Los partidos mayoritarios acapararon el 99% de los cargos. Como resultado, desaparecieron 12 fuerzas políticas que, al no alcanzar al menos un diputado, según la ley, perdieron su personería jurídica; sólo una de las asociaciones de suscripción popular logró obtener un alcalde, aunque ellas lograron presencia mínima en 20 consejos municipales.

Los analistas políticos están de acuerdo en que la campaña se polarizó precisamente al final y señalan al menos cinco fenómenos que contribuyeron a agudizar esta tendencia: el repunte en las encuestas del candidato del FSLN a un mes escaso de las votaciones; la campaña del llamado «voto inútil» por parte de las fuerzas políticas bipolares; las «señales» norteamericanas sobre el candidato del FSLN; el cierre de campaña electoral del FSLN; la toma de posición partidaria de última hora por parte de la Iglesia Católica y otras agrupaciones gremiales y medios de comunicación.

El repunte del FSLN. La elección de Daniel Ortega como candidato del FSLN se realizó en medio de grandes sismos y cismas al interior del FSLN. La

[2] La Ley Electoral Nicaragüense prevé una segunda vuelta para los candidatos del primero y segundo lugar en las elecciones presidenciales, en caso que ninguno de ellos obtenga el 45%

aparición temprana de otras candidaturas posibles, como la del escritor Sergio Ramírez, costó la separación de éste de la Dirección Nacional de la agrupación en 1995 y finalmente del FSLN mismo. Los sectores intelectuales, artistas, escritores y profesionales que apoyaban la renovación del FSLN fueron también separados de los organismos y los medios de difusión del partido y cualquier otra instancia de poder, por lo que renunciaron al FSLN y constituyeron el Movimiento de Renovación Sandinista (MRS). El reflujo por la derrota electoral de 1990, la crisis y división interna frente a valores éticos, posiciones distintas de cómo renovarse para adaptarse a la nueva realidad nacional e internacional, y, sobre todo, con relación a la candidatura presidencial, colocaban al FSLN en una situación difícil. Las encuestas, aún seis meses antes de las elecciones marcaban un 22% de intención de voto a su favor, frente a un 45% de votos a favor del candidato de la Alianza Liberal. Una campaña electoral costosa y con grandes recursos de marketing que presentaban al candidato sandinista de blanco, callado, y cercano a las alturas celestiales, en algunos casos incluso con un Cristo de luz de fondo, alianzas con sectores de la iniciativa privada y de la contrarrevolución, que antes lo adversaron, la escogencia de un candidato a vicepresidente proveniente de un sector ganadero, conjuntamente con la desaparición de símbolos polarizantes –como el himno del FSLN, sustituido por el Himno a la Alegría de Beethoven, y la propia bandera rojinegra, reemplazada por los colores patrios–, un programa económico de claro e inequívoco signo neoliberal, y el ofrecimiento a la Iglesia Católica de considerar su parecer para la elección de los ministros de Educación, Gobernación y Defensa, entre otros, lograron una imagen favorable a Ortega, sobre todo entre un sector del electorado no militante. En contraposición a un candidato sandinista reconciliador e incluyente, el candidato liberal, con un discurso revanchista y confrontativo, aparecía como extremista y excluyente. En la etapa final de la campaña, el candidato del FSLN andaba rondando el 38% de los votos, mientras el liberal había bajado a alrededor del 40%, según algunas encuestadoras. Cabe indicar que ello no ocurría igual en el resto de elecciones, donde las encuestas preveían un voto cruzado.

La campaña del «voto inútil». El repunte del FSLN y el fracaso en el intento de articular una alternativa distinta entre los llamados partidos de centro, facilitó la llamada «campaña del voto inútil». Esta campaña fue impulsada simultáneamente por la Alianza Liberal y el FSLN. Pretendía dejar establecido en los votantes la inutilidad de cualquier voto que no fuera a uno de los polos del espectro político, pues ninguna otra fuerza tenía posibilidades de victoria. Esto también contribuyó a la polarización. El temor de un lado y de otro de que ganara el candidato contrario llevó a lo que se ha llamado «el voto del miedo». El último tramo de la campaña se llenó de propaganda negativa sobre los candidatos, recordando con imágenes de televisión y artículos en los periódicos, la guerra, la escasez, los discursos encendidos de Daniel Ortega y todos los problemas del periodo revolucionario por un lado, y la represión somocista (con quien se identificaba al candidato liberal), por el otro.

Las «señales» norteamericanas. Es indudable que las presiones norteamericanas también contribuyeron a la polarización. A pesar de los esfuerzos diplomáticos del FSLN por aparecer como una fuerza política

democrática más, que sería aceptada sin problemas por el gobierno norteamericano, el hecho es que no lograron su objetivo. Mientras por un lado el embajador John Maisto aparecía en Managua declarando que las elecciones eran un asunto interno de los nicaragüenses, que el gobierno norteamericano no tenía candidato y que aceptarían a cualquier presidente que surgiera electo; por otro lado el principal portavoz del Departamento de Estado era enfático en criticar a Daniel Ortega por sus amistades con líderes como Sadam Hussein y Muhamar Khadafi, dudando de su condición de demócrata, así como del abandono de sus posturas anteriores y de su credo actual por la economía de mercado. Como parte de estas señales, el FSLN tuvo que retirar por exigencia norteamericana un spot publicitario que mostraba a Daniel Ortega al lado de un legislador norteamericano, el demócrata Bill Richardson, pues se acusaba a la propaganda sandinista de usar una coincidencia fortuita de ambos personajes para dar la sensación de un gran acercamiento a políticos importantes de Washington. Estas señales fueron bastante claras para un electorado que no olvidaba la oposición norteamericana a los sandinistas en la década pasada y lo difícil que era sacar adelante un gobierno con ella. Este no podía ser un factor de poco peso, y concitó opiniones a un lado y otro de los polos en pugna.

El cierre de campaña del FSLN. Las imágenes de todos los canales de televisión del país mostrando un cierre de campaña electoral del FSLN, con un lleno espectacular de dos plazas de la ciudad de Managua, hizo ver como posible el triunfo del FSLN. Se considera que algunos sectores indecisos o poco dispuestos a votar, terminaron por decidirse a favor o en contra del FSLN a partir de la indiscutible demostración de fuerza del FSLN en su cierre de campaña. Debe anotarse que esta elección contó con la participación del 83% de los votantes inscritos.

La intervención de la Iglesia católica. Finalmente, es indudable que otro factor que polarizó posiciones y precipitó resultados en la primera vuelta electoral fue la toma de partido de la jerarquía católica a favor de la Alianza Liberal. Esta toma de posición se dio claramente en las 72 horas anteriores a las votaciones, apresurada por la espectacularidad del cierre de campaña del FSLN y el resultado de casi empate que las encuestas daban a las dos principales fuerzas en contienda. En días anteriores, otros organismos gremiales poderosos, como el Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP), con todas sus cámaras, y los medios privados de difusión, tomaron posición muy clara contra el FSLN y la difundieron públicamente.

En este contexto de polarización creciente, y dentro de las 72 horas previas a las votaciones, cuando por ley estaba prohibido el proselitismo político, la Iglesia católica lanzó una eficaz campaña que cerró el mismo domingo 20 de octubre. El cardenal Obando abrió esta campaña celebrando una misa en la Catedral, ataviado con ornamentos rojos (el color de la Alianza Liberal), contando en primera fila con la presencia de la fórmula presidencial y el candidato a alcalde de Managua de la Alianza liberal. Estos leyeron las lecturas del día. La homilía del Cardenal fue una parábola inventada, que alertaba sobre el peligro de caer en el error de un campesino que desoyendo consejos, recogió del camino a una víbora moribunda por el frío, y le dio calor y vida en su pecho, sólo para recibir como respuesta la picadura mortal de la misma.

El mensaje fue muy claro. El candidato liberal había lanzado durante la campaña electoral la consigna de aplastar a la «víbora coral» (de color rojinegro, colores de la bandera del FSLN). La misa y la parábola fue trasmitida en vivo por la televisión. Posteriormente, las iglesias hicieron «vigilias de oración» hasta el día de las elecciones, orientando su mensaje sobre la base del mensaje del Cardenal. La campaña concluyó el mismo 20 de octubre, cuando el diario opositor ***La Prensa*** incluía en su primera plana una gran fotografía a todo color de la fórmula liberal en el momento en que era bendecida por el cardenal Obando.

Esta campaña terminó por polarizar al electorado y precipitar los resultados. Una vez más, como en los momentos más álgidos de la guerra del 80, la Iglesia Católica tomaba partido, a pesar de los costos políticos que implica la división de sus bases sociales.

Perspectivas

Las perspectivas inmediatas del país después de las elecciones no parecen ser tan promisorias. Estas dejan como saldo una institucionalidad más débil que antes, porque el Consejo Supremo Electoral salió debilitado, una fuerte polarización e importantes desafíos para la gobernabilidad.

Las fallas administrativas del Consejo Supremo Electoral y otras irregularidades, que opacaron el prestigio de este poder del Estado, llevaron al FSLN a impugnar las elecciones en Managua y Matagalpa, dos de las principales circunscripciones electorales; pero el CSE la desestimó. A partir de ello, esta fuerza política ha pedido la renuncia del Consejo en pleno. Aunque para nadie es desconocido que una buena dosis de responsabilidad la tienen los propios partidos políticos por haber efectuado reformas inadecuadas a la ley electoral, aun con la oposición del propio CSE.

La polarización post-electoral ha aumentado frente a los resultados de las elecciones. La Asamblea Nacional se ha dividido entre simpatizantes y adversarios de la Alianza Liberal. Los primeros han buscado sabotear el quórum para sesionar, mientras los segundos, con quórum legal pero con escasa mayoría, han procedido a limitar los poderes del presidente electo, sustrayendo de su decisión el nombramiento del presidente del Banco Central y del Procurador de Justicia, así como otras leyes que privatizan empresas reconociendo los intereses de los trabajadores, otras que buscan la mejor autonomía del poder judicial, conjuntamente con otros proyectos de ley que «indemnizan» a los diputados salientes, les condona el pago del crédito electoral a los partidos perdedores y les mantiene la personería jurídica. El presidente Alemán ha advertido que desconocerá todas estas leyes.

Por otro lado, el resultado electoral está teniendo efectos importantes en la cohesión interna y el futuro del liderazgo del FSLN. Este ha acusado de fraude a la Alianza Liberal y aunque acepta la legalidad de la elección, no acepta su legitimidad. Esta situación ha provocado divisiones en el seno mismo del FSLN. Así, la voz más autorizada de este partido en el tema electoral, presidente del

CSE en las elecciones de 1984, 1990 y titular de este poder del Estado hasta mediados de este año, confirmado además como canciller del gobierno del FSLN si ganaban las elecciones, Mariano Fiallos, ha desestimado las fallas e irregularidades y en carta pública aceptó como legal y legítimo el resultado electoral. Otro tanto hicieron el candidato a vicepresidente y el ex-comandante en jefe del Ejército Nacional, general retirado Humberto Ortega, hermano de Daniel, y quien dirigió la campaña electoral de su hermano; aunque también solicitó la renuncia del CSE.

Cabe indicar que el FSLN no ha reclamado la victoria. Su posición parecía más bien orientarse a buscar una segunda vuelta, en contradicción con su oposición anterior a las reformas constitucionales, precisamente porque éstas establecieron la doble vuelta electoral. Otras contradicciones se han hecho públicas con el derrotado candidato del FSLN a alcalde de Managua, quien acusó públicamente a la dirigencia de su partido de sabotear su campaña y de querer atribuir el fracaso a agentes externos, como el CSE, y no a errores de la misma agrupación.

Visto en términos relativos, el balance para el FSLN como partido ha sido positivo, logrando llegar a casi los resultados electorales de 1990, cuando obtuvo el 41% de los votos nacionales, 39 diputados, y un número ligeramente menor de alcaldías que en 1996. Esta situación mantiene al FSLN como segunda fuerza política del país y como el partido más fuerte y mejor organizado. Tanto en 1990 como en 1996, el FSLN ha sido superado por una alianza de partidos.

No obstante, en términos personales esta es la segunda derrota de Daniel Ortega. Y ello parece confirmar las posiciones del MRS que desde antes de la campaña afirmaron que Daniel Ortega era el mejor candidato para reagrupar el voto sandinista, pero no el mejor para ganar las elecciones. El próximo Congreso del partido, previsto para mayo de 1997, podría ser importante para ver la capacidad de continuidad del líder derrotado y para mantener abiertas sus posibilidades como futuro candidato presidencial. Daniel Ortega no ha descartado una tercera candidatura.

Para la Alianza Liberal la estrategia parece ser la consecución desde el poder de los votos necesarios para gobernar sin contar con el FSLN. Mantener la alianza unida y conquistar los quince votos de los partidos minoritarios en la Asamblea Nacional podría abrir esa posibilidad. Para leyes ordinarias sólo requiere seis votos y para reforma de leyes con mayoría calificada de 60%, como reformar la Constitución, 14 votos más. No se ve difícil conseguir la primera meta; pero sí casi imposible la segunda, si no es con acuerdo y anuencia del FSLN. A pesar de que la tercera fuerza electoral, una agrupación cristiana evangélica denominada Camino Cristiano Nicaragüense, con 4 diputados, no oculta su simpatía al FSLN, y que fuerzas como el MRS (1 diputado) y Alianza Unidad (1 diputado) y Acción Nacional Conservadora, podrían más bien acercarse objetivamente a este polo, otras fuerzas como el Partido Conservador (3 diputados), el Proyecto Nacional (2 diputados), Alianza Uno 96 (1 diputado), Partido Resistencia Nicaragüense (1 diputado) parecen ser aliados naturales del liberalismo. No obstante, es posible que partidos como

el MRS, Alianza Unidad, Liberal Independiente, Acción Nacional Conservadora y algún otro puedan conformar una bancada aparte.

El tema que será de más difícil consenso es sin duda el referido a la propiedad. La Alianza Liberal ha manejado como bandera el desconocimiento de acuerdos que penosamente se fueron consiguiendo durante el gobierno actual. Estos acuerdos contaron con la presencia del ex-presidente Carter y aun otros sectores duros del Senado norteamericano. En esencia, estos acuerdos, convertidos en ley actualmente, reconocen las asignaciones de propiedades por reforma agraria y reforma urbana, previendo la indemnización de los injustamente confiscados, con el producto de la privatización de la empresa de teléfonos del país. Por su parte, Alemán se ha opuesto a esta solución. Sin embargo, no se ve ninguna otra salida viable. Reabrir este problema podría resultar altamente explosivo. El otro problema virtualmente tan candente como el de la propiedad fue la bandera electoral de constituir una comisión de la verdad en Nicaragua, desconociendo el avance del proceso de reconciliación. Como el anterior, esta iniciativa es rechazada por las fuerzas más sensatas de la sociedad. Insistir en estos dos temas puede convertirse en el detonante de situaciones violentas, y, con ello, del peligro de mantener a Nicaragua en la lista de países de riesgo para los inversionistas. Más del 52% del desempleo y subempleo, y casi el 80% de pobreza siguen siendo indicadores de situaciones sociales difíciles que exigen respuestas inmediatas. Y ellas pasan por la precondición de la reconciliación y la estabilidad. Hasta el presente, el gobierno actual ha hecho progresos importantes en este sentido. La pregunta es si esta política tendrá continuidad con el nuevo gobierno o si, por el contrario, estamos a las puertas de una nueva situación de crisis y conflictos.

Managua, diciembre de 1996